

VER:

Cerca de mi domicilio, en un pequeño tramo de acera, hay una tienda de flores y plantas ornamentales, y prácticamente al lado, una frutería y verdulería. Cada una de ellas responde a una necesidad humana: la frutería y verdulería responde a la necesidad de alimentarse; y la floristería responde a la necesidad de belleza que, como vimos el domingo pasado, es uno de los caminos (*via pulchritudinis*) que tenemos para acceder a Dios. Ambas son necesarias: si sólo hubiera fruterías y verdulerías, nos veríamos privados de la belleza que nos ofrecen las flores y plantas ornamentales; pero si sólo hubiera flores y plantas ornamentales, no podríamos alimentarnos. Pero siendo necesarias las dos, lo prioritario es poder alimentarse. Y no debemos olvidar que hay árboles y plantas alimentarias que ofrecen también una gran belleza.

JUZGAR:

El Evangelio de este tercer domingo de Cuaresma nos ha ofrecido la parábola de la higuera estéril: *Uno tenía una higuera plantada en su viña*. La higuera es un árbol frutal, no una planta ornamental. A nadie se le ocurriría plantar una higuera simplemente como adorno. Es un árbol bastante grande, de olor penetrante, da buena sombra... pero su razón de ser es dar brevas e higos, y se espera de ella que dé fruto. Si sólo buscáramos el aspecto y la sombra, podríamos plantar otro tipo de árbol. Por eso, cuando el dueño de la viña *fue a buscar fruto en ella y no lo encontró*, no es de extrañar su reacción: *Córtala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?* Si no se obtiene de ella lo que se espera, no hay razón para seguir manteniéndola.

Esta parábola supone para nosotros una fuerte llamada. Porque nosotros, individualmente y como Iglesia, no somos “plantas ornamentales”. Tenemos una misión, como recordó el Papa Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (14): «**Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar**». Toda la Iglesia es, pues, evangelizadora; todos los que la formamos somos evangelizadores. Nuestra razón de ser es evangelizar. Y se espera de nosotros que demos fruto, porque así nos lo indicó el mismo Jesús: *os he elegido y os he destinado par que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca* (Jn 15, 16)

Esta Palabra de Dios, dentro del tiempo de Cuaresma, nos debe cuestionar para preguntarnos si, individualmente y como Iglesia, estamos realizando nuestra razón de ser, lo que se espera de nosotros, que es evangelizar. Evangelizar es mostrar a Cristo, anunciarlo como Salvador y revelador del amor del Padre. Debemos revisar y revisarnos para ver si nuestras acciones pastorales, celebraciones, compromisos personales... están en función de la misión evangelizadora, si muestran a Jesucristo y por tanto en condiciones de dar algún fruto que “alimente” a la gente.

O bien nos hemos convertido en “plantas ornamentales”, que ofrecemos actividades variadas agradables a la gente, que “llenan” espacios y tiempos, que “embellecemos” algunas fiestas y celebraciones de tipo social, popular, familiar... pero que en realidad no muestran con claridad a Jesucristo, no sirven para evangelizar, y por eso no estamos dando fruto, no “alimentamos”.

Si no somos fieles a nuestro ser y misión, que es la evangelización, no es de extrañar que muchos no sientan interés por la Iglesia, y cuestionen nuestra existencia, porque sienten que estamos “ocupando terreno en balde”, y no hay razón para seguir manteniéndola presente en la sociedad.

ACTUAR:

¿Ser cristiano, ser Iglesia, es para mí algo “ornamental” o “me alimenta”? ¿Qué hago para cumplir la misión evangelizadora? ¿Anuncio con claridad a Jesucristo? ¿Estoy en condiciones de dar fruto? Nuestra razón de ser es la evangelización, y el Señor nos ha destinado a dar fruto. El viñador respondió al dueño del terreno: *Yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto*. Ojalá el tiempo de Cuaresma nos ayude a “cavar” para extraer lo que estorba nuestra misión, y a echar el “abono” necesario para ser buenos evangelizadores, ser buenas plantas alimentarias que ofrecen el mejor fruto: la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado (EG 36).